

Tema de tapa



# Lola Mora: escultora y emprendedora

Por *Apolo Ortiz*

La mayor escultora argentina  
fue además una pionera  
en la exploración petrolera.





La más grande escultora de nuestro país fue una mujer que no renunció a sus propósitos. Proyectó su talento en obras maestras, unió su belleza con su espíritu de lucha ineludible, superando prejuicios de la época, pero pagó caro su ímpetu apasionado, soportando críticas injustas que la llevaron al olvido, la pobreza y casi la locura.

Nació en 1866 en una casona de campo, cercana a la localidad de El Tala, justo en el límite entre Salta y Tucumán y de allí que cada provincia trate de atribuirse el privilegio geográfico de su nacimiento. En aquella época, el pueblo de El Tala estaba bajo jurisdicción del Obispado de Tucumán y en ese marco fue bautizada como Dolores Mora Vega.

Cursó sus estudios secundarios en el Colegio del Huerto de la capital tucumana y, según cuentan los historiadores, fue sobrina del Presidente Nicolás Avellaneda. Mostró desde muy temprano –a los 16 años– su talento artístico bajo la tutela de reconocidos maestros como Barbarella y Monteverde.

En 1896, y por sugerencia del Presidente Julio A. Roca, la Cámara de Diputados le otorga a la artista una beca de perfeccionamiento en Roma. Poco tiempo después obtiene tres premios internacionales en concursos realizados en Francia (1897), en Rusia (1900) y en el entonces Imperio Austro Húngaro (1901).

En 1903 el Gobierno de la Nación le encarga, para la ornamentación del Congreso Nacional, que en ese momento se hallaba en plena construcción, una serie de grupos escultóricos en mármol de carrara alegóricos a

“La Libertad”, “La Justicia”, “El Trabajo” y “La Paz”, y las estatuas de los Presidentes de los Congresos de 1813, de 1816, de 1853 y de 1860, en las que plasmaría admirablemente las figuras de Carlos de Alvear, Narciso Laprida, Facundo Zuviría y Mariano Fraguero, además de la de Juan Bautista Alberdi. Las vicisitudes de la política de entonces y los vaivenes sociales hicieron que estas obras tomaran otros destinos. Fueron enviadas a las provincias de Jujuy, Salta, San Juan, Córdoba y Tucumán. Existen otras esculturas y obras, además de las citadas, en Santa Fe, Corrientes, Capital Federal y La Plata. Su tarea artística más trascendente es sin dudas la monumental fuente de Las Nereidas, que fuera ubicada inicialmente sobre la Avenida Leandro N. Alem en la ciudad de Buenos Aires y que luego sería desplazada al sitio actual debido a críticas injustificadas de la sociedad de entonces.

Es difícil imaginar que el martillo y el cincel de una mujer de la belleza y fragilidad de Lola Mora hayan esculpido no menos de mil toneladas de mármol. Sólo su espíritu y vocación pudieron más que la dureza de los materiales elegidos.

Desalentada por la increíble falta de reconocimiento a su labor artística, emprende, sin embargo, otra etapa insólita por sus características y por los lugares donde desarrollaría estas nuevas aventuras. Se traslada a Salta en los primeros años de la década del 20 para dedicarse a prospectar minerales en la remota y difícil Puna de Atacama, lo que para esos tiempos, tratándose de una mujer, era poco menos que una locura.

Después de varios fracasos en las alturas del Altiplano, decide emplear sus últimos ahorros en la explotación de esquistos bituminosos para obtener kerosene, tal como lo habían hecho medio siglo atrás pioneros en la zona de Cacheuta de Mendoza. Con ese propósito se traslada a Rosario de La Frontera, cerca de su pueblo natal, y comienza a excavar en un afloramiento de arcillas negras, las que geológicamente se ubican hacia la parte superior de la Formación Yacoraite y que en la cercana sub-cuenca cretácica de Mendoza se considera como roca madre, aunque con escasa capacidad de generación.

El lugar elegido por Lola Mora se encuentra sobre el extremo norte de las sierras de La Candelaria, en su flanco oriental, donde afloran estas lumitas oscuras que, al quemarlas, despiden un característico olor a bitumen, hecho que alentó a esta mujer a cumplir con su indomable espíritu emprendedor. Sin embargo, sus escasos conocimientos sobre el tema hicieron fracasar su propósito y la condujeron a la más absoluta pobreza.

Cuentan los lugareños que aun quedándose sola en la mina y viviendo en forma por demás elemental, siguió excavando hasta que un baqueano la encontró con el pico entre sus manos, desfalleciendo por falta de alimentación. Fue llevada a Rosario de La Frontera para recibir atención médica y de allí a la ciudad de Salta en la cual, ayudada por algunos amigos, vivió casi diez años y enseñó francés e italiano, hasta que se trasladó a Buenos Aires donde falleció en 1936, sola, pobre y olvidada.

Esta historia de vida nos enseña que Lola Mora, con su talento y sus valores de mujer extraordinaria, fue una adelantada de su época... ¡y en qué forma! ■